

EL INTENTO ULTIMO DE LA HIENA

Lo que yo te digo es que no puedes continuar mucho tiempo así. Hace mucho calor para continuar con el grueso abrigo puesto dentro del restaurante mientras cierras los ojos y te tomas a pequeños tragos el café hirviendo. Sin embargo, todavía soportarás algún rato este ahogo. Si hicieras ahora un movimiento —por disimulado que fuera— para sacarte el gabán, seguro que llamarías la atención de la mesera rubia ésa o de aquel negro solitario que está mirando durante tanto rato hacia el río helado. Te cuesta trabajo tomar una decisión, y también andar siempre quitándote y poniéndote la ropa, abrochándotela y desabrochándotela hasta que se desgasta el hilo y hasta perder incluso algún botón y luego tener que pasar frío. Es un frío como agujas dentro del pecho, que te entra por el pecho entre las costillas y te sale por la espalda como el vaho de la respiración. Un frío que te hace toser y toser como un condenado. Y entonces te mira la gente con cara de sentir miedo o asco porque toses. Asco incluso de que seas un pequeño *spanish speaker* grasiento. Por lo menos no muestran tener en absoluto ninguna lástima de ti. Ni se les ocurre pensar que tal vez sólo es que fumas demasiado. Ya has prendido otro cigarrillo, aunque mentolado —claro está—, y eso que sabes que no es bueno fumar, como dicen los anuncios higiénicos de la televisión, perdidos entre los otros anuncios, y los otros, y los otros y las noticias de la guerra y de la *pollution*, y etc. Por eso ahora toses disimuladamente, tapándote la boca con la mano, un golpe de tos aquí y otro dos pasos más allá, y te apartas de las personas. No puedes, pero aguantarás otro rato este sofoco. Lo mejor es no preocuparte del sudor que te humedece la frente. Sabes a ciencia cierta que detrás de las ventanas de doble vidrio —limpias por los soplos de aire caliente del aire acondicionado— y más allá de la superficie helada del Fox River (en el valle de la Zorra, como dicen las radios que hablan para los chicanos y demás), más lejos que aquel árbol deshojado, verás llegar el Chevrolet de la puertorriqueña. Lo verás estacionarse despacio junto al hotel, que tiene ya los luminosos verdes

prendidos. Sin embargo parece que el cielo fuera a seguir siempre con la misma claridad y casi blanco como polvo de nieve.

Es un edificio grande y negruzco —como de la época de las películas de *gangsters*—, con casi todas las ventanas a oscuras. Un hotel donde sabes que hay un *rest room* enorme con inodoros de porcelana azul, y máquinas traganíqueles para vender goma de mascar, armónicas baratas y preservativos de muchas marcas envueltos en papeles dorados. Estuviste otra vez allí, infructuosamente, hace tiempo. Pero ahora —pronto— verás llegar el carro de la puertorriqueña y saldrás entonces. Te subirás el cuello del abrigo y cruzarás —sin duda que cruzarás— el puente de hierro. Saludarás a la vieja, la puertorriqueña ésa, casi tan limpia como gringa y que apenas si habla ya español. Subirás con ella al cuarto que os corresponda. Tendrás suerte, de seguro. Ocurrirá como en el cuento aquel de la hiena macho que comía carne podrida, iba con la hembra sólo una vez cada año y además se reía. Hasta a ti pueden pasarte cosas así. Por eso no tiene demasiada importancia que sigas pasando calor con el gabán puesto mientras te tomas el café. Lo piensas mientras miras la pista congelada del río tan distinto al otro río intensamente verde limitado por los platanares en los que se perdía la vista. La mirada que ahora se pierde y se borra en algún lugar dentro de ti, más hondo aún que el recuerdo: más bien en el sofoco y el sudor de una tarde con los ramos planos de rojas flores de los flamboyanes parados y sin aire, y con las picaduras incesantes de los mosquitos. Parecían flores que buscaban los ojos de la gente escondida por el calor. Aplastas aún los mosquitos con la palma de la mano. Sientes las picaduras, que no encajan con tu presencia delante de los cristales y los arbolitos tan desnudos y los montones de nieve sucia. Paseas sudoroso delante de los vidrios de las ventanas del restaurante, revolviéndote dentro del abrigo y en medio de esa puerca mezcla de imágenes que ya —cuando tu vista resbala a lo lejos— te lleva hasta el sitio donde encontraste al chamaco ahogado. Tanto calor y además los mosquitos siempre, mientras decías: «Déjenlo ahí dentro del río con un tobillo atado a aquel tronco, para que no se pudra más mientras aparece el juez.» Te metiste descalzo y con los pantalones remangados dentro del agua e hiciste una lazada sobre la piel verdosa, tan suave, del chamaco, hasta que quedó bien sujeto al tronco, mecido un poco por la corriente. Y luego te retiraste (se fueron retirando todos los hombres que trabajaban en el ingenio), para seguir mirando desde lejos, desde la mera cantina. Se asomaban ellos de vez en cuando a la puerta o a los ventanales abiertos. Pero tú tenías los ojos fijos, parados en el chamaco, aunque te comían entero los mosquitos. Sobre todo era el río

que sonaba distinto desde allá. «Es un niño sin padres que andaba mendigando por las fábricas de azúcar», dijo el cantinero a tus espaldas. Y todavía seguiste escuchando al río, que de pronto parecía ser diferente y venir de otro sitio. Quizás te había ocurrido igual alguna otra vez cuando estabas tomando en la cantina. Por eso mismo continuaste escuchando horas enteras, casi ciego por tanta claridad. Mirabas el cuerpo hinchándose como un globo, flotando junto al tronco entre los reflejos del río. Durante mucho tiempo nadie hablaba tampoco en la cantina, y pensándolo bien parecía que se olía ya la podredumbre. «No importa un comino, es un chamaco que no existe», dijiste. A lo mejor fue que lo pensaste sólo para tus adentros. Te chorreaba el sudor hasta los ojos. «Quién sabe por qué pasan estas cosas en el mundo», dijo el cantinero. Era aquél picado de viruela, que luego (te lo contó alguien) había vendido la tienda y se había echado también a andar como tú mismo.

Lo que yo te digo es que no puedes continuar mucho tiempo así. A lo mejor no fue sólo por buscar mejor trabajo por lo que te viniste hacia el Norte. Todavía no habían aparecido ni el juez ni el comandante cuando te pusiste en camino. «Ojalá que el pueblo no exista», dijiste. A lo mejor has estado ocultándotelo a ti mismo, todo el tiempo, desde hace un montón de días, de meses. Parece que llegaste volando, pero te costó lo tuyo. Parece que ahora únicamente aguardas con el abrigo puesto a que llegue la puertorriqueña. Quizás haya llegado ella ya y ande el coche escondido en alguna parte. Te levantas el cuello del gabán y sales. Tus pasos sueñan sobre el puente metálico, pero el río está muerto, helado debajo de ti. Vas temblando de frío. Te aguantas la asquerosa tos apoyado a la barandilla. Seguramente es que has fumado demasiado mientras aguardabas. Te acuerdas de que la puertorriqueña dice que sería mejor que te fumaras un cigarrillo de hierba antes de acostarte. Pero ella casi no habla español. Se le va olvidando poco a poco, y da mucha risa oírla. Miras el río mudo debajo de tus pies. Todavía no has visto llegar el carro, ni aparece por ninguna parte, así que vas despacio a pesar del frío, encogido y con las manos metidas en los bolsillos, esperando que corra el tiempo. Si te tirarás de cabeza desde el puente, seguro que ni siquiera iba a romperse la gruesa costra helada del río. Ni empezarías a hincharte como el cuerpo del chamaco. A la luz de los anuncios luminosos del hotel ves una ardilla —toda verde— que entra en un hueco de uno de los helados troncos. Esperas un rato, pero no vuelve a salir la ardilla. Sigues andando como sonámbulo, tiritando constantemente de frío, pero casi contento de que de esta manera parece borrarsete el sofoco que llevabas tanto tiempo dentro de ti. Nunca

se te representa de la misma manera la escena. A veces es el cantinero el que te llama por tu nombre: «Eh, Pedro.» Y es él quien habla frente a ti del chamaco ahogado, y entonces tienes que bajar la vista, y oyes el zumbido de los mosquitos dentro de tu pecho podrido. Estás dando diente con diente, cuando sientes el motor del carro de la puertorriqueña. Ella está dentro y seguramente que tiene el coche funcionando para que no se apague la calefacción. Te acercas y esperas a que descorra el cristal de la ventanilla. «He visto una ardilla verde», le dices por todo saludo. «Ya. *Okey*», dice ella. Abre en seguida la portezuela. Te hace sitio para que entres en el carro. Te parece que ahora tiene ella la misma cara que el chamaco ahogado, con la piel del mismo color y los ojos velados de miedo. Pero en seguida se ríe. Se ríe como si la hicieran cosquillas debajo de los sobacos. Estás entrando en calor, disimulando un poco el temblor de tus dientes y de tus rodillas, pero el espacio es pequeño y no te decides a quitarte el abrigo por no molestarla. «Es un hotel de mierda, si lo prefieres vamos a otra parte.» «*Well*, maneja tú», dice ella, rodándose un poco en el asiento, casi sin moverse. Te agarras al volante, y encaminas el coche, despacio, muy despacio sobre el puente de hierro. Seguro que si torcieras la dirección un tanto así como por broma, derribarías la barandilla y caería el carro desde arriba rompiendo la gruesa costra helada. Así penetraría el carro, hundiéndose poco a poco, y se abrirían redondos tus ojos y brillarían al fin los ojos de la puertorriqueña dentro del río. Pero seguro que no vas a hacerlo nunca, pese a que pienses bromas así, cosas como en ese juego que hacen embistiéndose con los coches los chicos de la *high school* a ver quién se acobarda primero. Sólo miras de reojo el río y sientes moverse a tu lado las piernas de la puertorriqueña. No puedes ni imaginarte un río verde y caliente debajo de la capa de hielo. Llegarás con el coche hasta otro hotel. Luego la puertorriqueña dejará encendida la tulipa de la mesilla de noche mientras se desnuda. Se quitará muy despacio las medias, y tú seguirás sus lentos movimientos con los ojos, intentando fundirte con esos movimientos, pero cada vez más alejado, notando el aire de la calefacción sobre toda tu piel, notando que terminas sin remisión en la superficie de tu piel y en las uñas sucias y cortantes de todos tus dedos. Aunque esta vez hayas tenido suerte, y a lo mejor con el tiempo vayas acostumbrándote a esta vida.

«Si te parece, en un motel que esté alfombrado», dices.

ANTONIO FERRES

Northern Illinois University
DEKALB, ILLINOIS 60115, USA